

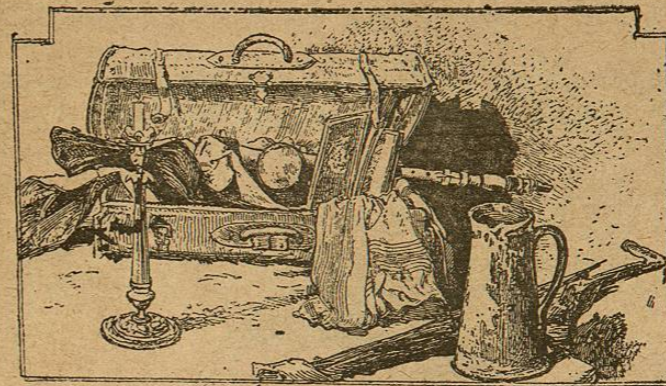
Robespierre dijo, con verdadero atrevimiento, que nada había hecho el 2 de Septiembre; y en efecto, de obra nada hizo, pero mucho con la palabra, y en aquel día las palabras eran actos. El 3, una vez comenzado el suceso y lanzado (quizá aun más de lo que se quería se obscurió y no volvió á reaparecer. Pero el 1.º de Septiembre había cubierto las violencias de su autoridad moral, aconsejando á la Comuna que se retirara, que entregara la acción al pueblo. El 2, París entronizó en el Hotel de Ville al asesinato personificado, al hombre que desde hacía tres años pedía el 2 de Septiembre. Este mismo día Robespierre habló durante la matanza y no para llevar la calma; todo lo contrario, de una manera extremadamente irritante.

La introducción de Marat fué extraordinaria é ilegal á todas luces. Ningún magistrado de la ciudad, ningún miembro de la municipalidad, especialmente del comité de vigilancia, podía ser elegido como no formara parte de la gran Comuna popular de los comisarios de secciones que habían hecho el 10 de Agosto.

Marat no era de estos comisarios y no podía ser elegido, pero París, á la vez por Santerre y por Robespierre, pesaba con tal ascendiente sobre la municipalidad que le autorizó para elegir tres miembros que completasen el comité de vigilancia.

París, investido de este singular poder de elegir por sí solo, no se atrevió sin embargo á ejercerlo. En la mañana del 2 de Septiembre llamó en su ayuda á sus colegas Sergent, Duplaix y Jourdeil y nombraron á cinco: Deforgues, Lentant, Guermeur, Leclerc y Durfort.

El acta original, con las cuatro firmas, tiene en el margen una nota confusamente escrita *por uno solo* de los cuatro firmantes. Esta nota no es otra cosa que el nombramiento de un sexto miembro, agregado así, de pronto, y este sexto es Marat.



CAPITULO XI

El 2 de Septiembre

Proposición conciliadora del dantonista Thuriot — Dos secciones por cuarenta y ocho votaron la matanza — La Comuna quería la matanza y la dictadura — Discurso valiente de Vergniaud. — Se solicita de la Asamblea la dictadura para el ministerio. — La Asamblea desconfía de Danton que sin embargo evita reunirse á la Comuna — El comité de vigilancia entrega veinticuatro prisioneros á la muerte. — Asesinatos en la Abadía. — Danton no acepta la invitación de la Comuna — Quienes fueron los asesinos de la Abadía — Asesinato en los Carmelitas. — Impotencia de las autoridades. — El hotel de Roland es invadido — Robespierre denuncia una gran conspiración. — Tentativa de los ministros para calmar al pueblo. — Intervención inútil de Manuel y de los comisarios de la Asamblea. — Asesinatos en el Chalet y en la Conserjería. — Mailard organiza un tribunal en la Abadía y sa va á cuarenta y tres personas. — Abnegación de Aittes Cazotte y Lombreuil, de Geoffroy de Saint-Hilaire.

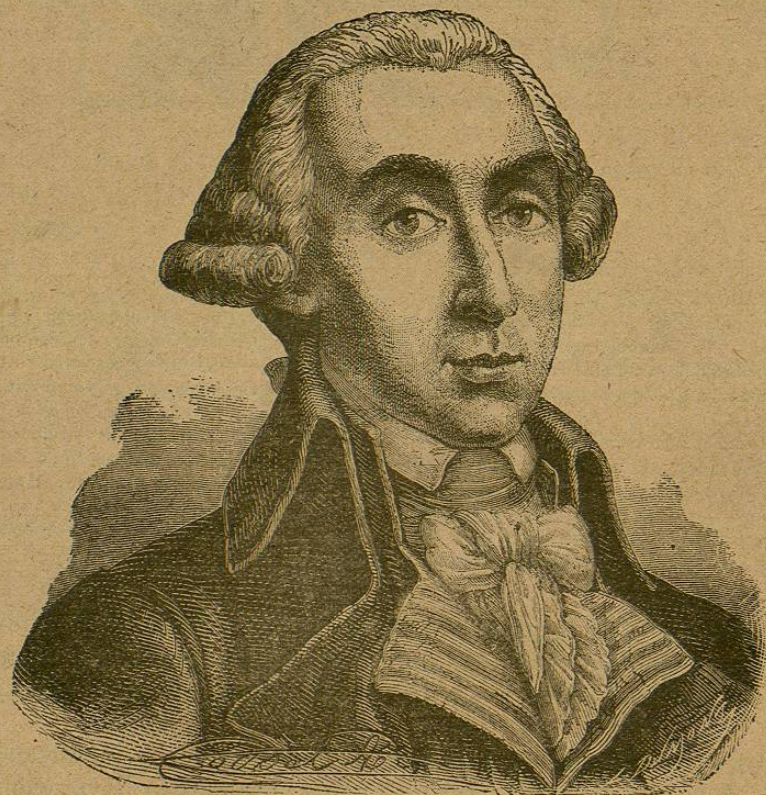
El domingo 2 de Septiembre, al abrir la Asamblea á las nueve de la mañana el diputado Thuriot, amigo de Danton, presentó una proposición conciliadora que se creyó que podría impedir la desgracia que se preveía.

Thuriot, en más de una ocasión había defendido y justificado á la Comuna. Nacida el 10 de Agosto, la Comuna le parecía la Revolución misma; pensaba que deshacerla era deshacer la obra del 10 de Agosto. Por otra parte había resistido con extremada violencia á las insolentes ordenes que la Comuna osaba dar á la Asamblea. Su conducta en todo esto parece haber sido la expresión atrevida del pensamiento más contenido de Danton. Este en sus discursos, en sus circulares, fundaba la esperanza de la patria en el acuerdo de la Asamblea y de la Comuna. El fué, no lo dudamos, quien buscó un expediente para restablecer este acuerdo y quien hizo que Thuriot lo propusiera á la Asamblea.

La proposición era la siguiente: Elevar á trescientos miembros el consejo general de la Comuna, de manera que pudieran continuar los antiguos creados el 10 de Agosto y recibir á los nuevos, elegidos en aquel mismo momento por las secciones que obedecían los decretos de

la Asamblea. Esta proposición tenía dos aspectos completamente contrarios.

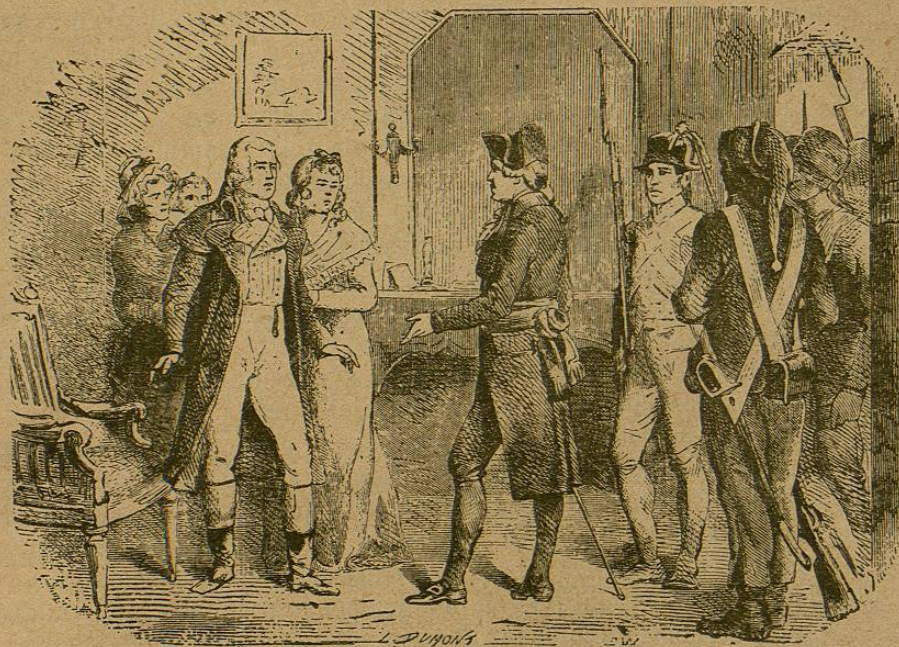
Por una parte, tenía el efecto revolucionario de constituir sobre una base fija la representación de París, manifestar ante Francia entera la importancia real, la autoridad de la gran ciudad, que formada por todos los elementos de Francia entera, es la cabeza y el cerebro, y que tantas veces tuvo la iniciativa de las ideas que la salvaran.



TALLIEN

Por otra parte, en la situación, la proposición tenía un efecto práctico, que hacía la crisis mucho menos peligrosa. Neutralizaba la Comuna agrandándola, la aumentaba en número y modificaba el espíritu; introducía en ella, con elegidos de las secciones dóciles á la Asamblea un elemento nuevo. Si aquella mañana hubiera sido votada, hubiera dado á sus secciones un poderoso impulso, sacándolas de su estupor, los nuevamente elegidos encaminándose inmediatamente á la Comuna, con el decreto en la mano, hubiesen según todas las apariencias, paralizado á los maratistas.

Y no es esto todo. Un último artículo, muy propio para que recordara á la Comuna, el espíritu de la Comuna del 10 de Agosto, advertía simplemente y sin rodeos que los miembros del consejo general no eran inamovibles, *que las secciones que los nombraban tenían siempre el derecho de destituirles*. El artículo tal como estaba colocado, parecía hablar á los nuevos miembros, establecía la regla, el imprescriptible derecho del pueblo, contra el cual aparentemente los antiguos miembros en la posición real en que se colocaban, no hubieran osado reclamar. Debían, pues, pensarlo mucho; en el momento en que parecían dispuestos



Las visitas domiciliarias (Pág. 192)

á tomar la terrible iniciativa, venía la ley, en cierto modo, á ponerle la mano en el hombro y á recordarles el gran juez, el pueblo que podía juzgarlos siempre.

Thuriot adornó esta proposición con elogios y halagos á la Comuna y la justificó de muchas y muchas acusaciones. Dijo, sin duda, para ganar á los miembros de la Comuna para el acto que contra ellos proponía, *que este aumento de número permitiría elegir de su seno á los agentes que podía necesitar el poder ejecutivo*. Llamamiento directo al interés; la Comuna iba á ser un plantel de Estadistas á los que confería el gobierno las misiones honrosas y lucrativas.

Sucedió á Thuriot lo que sucede á todos aquellos que cuentan demasiado con la penetración de las asambleas. Su profundo maestro

Danton le había aleccionado demasiado bien, inclinándole con exceso á la hipocresía. La Asamblea no le comprendió. Tanto había Thuriot elogiado á la Comuna que la Asamblea creyó favorable la proposición para aquélla y pensó que comenzaba á asustarse y se valía de Thuriot para hacerla proposiciones conciliadoras. Recibió la proposición muy fríamente, no imaginó siquiera la ventaja que obtendría votándola inmediatamente. Pidió un informe, esperó y retardó. El informe llegó al mediodía, y poco favorable. Los Girondinos que lo hicieron no gustaban de nada que procediera de los amigos de Danton. Le creían el hombre de la Comuna, como lo había sido el 10 de Agosto; no comprendían los manejos de aquella política. Les desagradaba el proyecto por que aumentaba la importancia de París y regularizaba y fundaba aquel poder hasta entonces irregular, constituyendo un cuerpo temible, con el cual tendría que contar la Asamblea. Hubieran querido que la Comuna se hubiese renovado totalmente. No arrastraron á la Asamblea que, comprendiendo al fin la utilidad de la proposición, acabó por votar contra los Girondinos por el dantonista Thuriot. Ocurrió esto á la una, pero ya era demasiado tarde: la tempestad estaba desencadenada.

Volvamos á lo que ocurrió por la mañana y en la Comuna.

¿Qué quería? ¿Qué deseaban los pocos miembros que dirigían el consejo general? ¿Qué quería la mayoría del comité de vigilancia? Sin duda salvar la patria, pero salvarla por los medios que Marat aconsejaba desde hacía tres años, la matanza y la dictadura.

La matanza no era todavía tan fácil como podía creerse, á juzgar por la terrible agitación del pueblo y sus palabras violentas. Por la noche y la mañana los furiosos charlatanes que predicaban desde hacía mucho tiempo la teoría de Marat recorrían las asambleas de las secciones casi desiertas, reducidas á minorías imperceptibles que decidían por la totalidad. Pidieron y obtuvieron detenciones individuales que valían tanto como sentencias de muerte. Pero en cuanto á las medidas generales, parece que sus palabras no hallaron bastante eco. No hubo más que dos secciones (la de Luxemburgo y la sección Poissoniere) en que la proposición de matar á los prisioneros fuera acogida. *Dos secciones por cuarenta y cuatro* votaron la muerte. La sección Poissoniere tomó el acuerdo siguiente:

«La sección, considerando los peligros inminentes de la patria y las maniobras infernales de los curas, opina que todos los curas y personas sospechosas detenidas en las prisiones de París, Orleans y otras sean condenadas á muerte.»

En cuanto á la dictadura era aun más difícil de organizar que la matanza. No había hombre alguno aceptado por el pueblo para que la ejerciera por sí solo; era necesario un triunvirato; el mismo Marat lo decía.

El profeta Marat, á quien París acababa de entronizar en el comité de vigilancia, no dejaba de atemorizar aun á sus propios admiradores.

Pero su extremada violencia parecía apoyada, autorizada, por Robespierre, quien el día 4 por la tarde había dicho que era preciso despertar la acción del pueblo. Marat era ya del comité, Robespierre fué á formar parte del consejo general. El tercer triunviro, si era necesario un triunviro, no podía ser otro que Danton; pero éste era sospechoso. En todas las ocasiones elogiaba á la Comuna, y su amigo Thuriot le había hecho aun más sospechoso aquel mismo día, al proponer un plan que neutralizaba á la Comuna. ¿Estaba verdaderamente en favor de la Comuna ó de la Asamblea? No se veía claro. Desde el 29 no iba al Hotel de Ville. ¿Preferiría compartir el nuevo poder con Marat y Robespierre ó continuar ministro de justicia, ministro omnipotente por consecuencia de la anulación de la Asamblea, recogiendo los frutos de la matanza sin haber intervenido en ella, llegando á ser en fin el solo hombre de la situación entre la Comuna ensangrentada y la Gironda humillada? Esta era la cuestión; la última opinión no era inverosímil. Danton era un político audaz, pero no menos astuto.

Sea como fuere, estando reunida la Comuna el 2 por la mañana, bajo la presidencia de Huguenin, el procurador Manuel anunció el peligro de Verdun, propuso que aquella misma noche acampasen en el Campo de Marte los hombres alistados y partiesen inmediatamente. París se habría visto libre de una masa peligrosa que en espera de la marcha, vagaba, se emborrachaba, y de un momento á otro, podía, en vez de una guerra lejana, iniciar aquí con preferencia una guerra lucrativa contra enemigos ricos y desarmados.

A esta prudente proposición se agregó otra excesivamente peligrosa, que también fué votada. Se acordó: «Que en el instante se disparase el cañón de alarma, que se tocara á somatén y á generala.» El efecto podía ser un pánico horrible, en una ciudad tan conmovida, un pánico asesino: nada tan cruel como el miedo.

Dos miembros del consejo municipal fueron comisionados para prevenir á la Asamblea lo que ordenaba la Comuna. Fueron acogidos con un discurso enérgico de Vergniaud, de noble atrevimiento, pronunciado ante la inminencia de una matanza y casi amenazado por los puñales asesinos. Felicitó á París porque demostraba valor y desplegaba al fin la energía que se esperaba; aconsejó que desechara los terrores pánicos. Preguntó porque se hablaba tanto y se obraba tan poco. «¿Por qué las trincheras del campamento que está junto á las murallas de la ciudad no están más avanzadas? donde están los picos, azadones y todos los instrumentos que erigieron el altar de la Federación y nivelado el Campo de Marte?... Habéis manifestado un gran ardor por las fiestas; sin duda demostraréis el mismo en los combates. Habéis cantado y celebrado la libertad; es preciso defenderla. Ya no tenéis reyes de bronce que derribar, si no reyes rodeados de ejércitos poderosos. Pido que la Comuna de París concierte con el poder ejecutivo las medidas que tiene intención de tomar. Pido también que la Asamblea nacional, que en

este momento es más bien un gran comité militar que un Cuerpo colegislativo, envíe en el instante, y cada día, doce comisionados al campamento, no para que exhorten con vanos discursos á que trabajen los ciudadanos, si no para que trabajen ellos mismos; por que ya no es tiempo de discurrir, hay que cavar la fosa de nuestros enemigos, ó cada paso que ellos adelanten cavan la nuestra.»

Este discurso, tan atrevido en aquellas circunstancias, fué aplaudido; no solamente por la Asamblea, si no por las tribunas, por aquel pueblo cuya inacción censuraba tan severamente.

El gran orador, como se ve, quería dar un cauce regular al torrente popular que giraba tan terriblemente sobre si mismo, arrastrarle fuera de París en pos de los enviados de la Asamblea, para que perdiera en el entusiasmo militar el pánico y el terror.

Trataba de subordinar la Comuna á los ministros, los ministros á la Asamblea. ¿Podía mantenerse obstinadamente en semejante día aquella gerarquía que en los tiempos ordinarios estaba en la misma ley y en la razón? No era preciso preccindir de las deliberaciones, de las palabras, cuando las decisiones, según las circunstancias, hubieran de ser inmediatas, rápidas como el pensamiento? No se podía dejar que flotase el poder en la esfera superior, alejada de la acción, en las débiles y torpes manos de una grave Asamblea que hablaba, hablaba, hablaba y perdía el tiempo. No se le podía confiar á la discreción de la Comuna, ciega y furiosa, disuelta en realidad, y que ya no era más que un caos sangriento bajo el hálito de Marat. El sentido común decía que entregado el poder arriba ó abajo á los dos cuerpos deliberantes, á la Asamblea ó al consejo de la Comuna, ya no sería tal poder. Era necesario fijarle allí donde pudiera ser enérgico, donde por otra parte le colocaba la naturaleza misma de las cosas, en las manos de los ministros; era necesario fiarse de ellos, en aquella gran circunstancia, rogarles, encargarles que fuesen fuertes, si no, todo iba á perecer.

Desgraciadamente el ministerio no tenía unidad de pensamiento ni de voluntades. Hubiera sido preciso que se pusiera de acuerdo, que fuera unánimemente á pedir la dictadura, que la ejerciera bajo la inspección de los comisionados de la Asamblea.

El ministerio tenía dos cabezas, Roland y Danton.

Danton fué antes de las dos de la tarde á tantear por el última vez las disposiciones de la Asamblea.

Propuso que se votara: «Que el que rehusara servir con su persona ó se resistiera á entregar sus armas fuese castigado con la muerte.»

Y Lacroix (que entonces militaba á la vez en los Girondinos y á las órdenes de Danton) pidió además: «Que se castigase con la muerte también á los que *directa ó indirectamente* rehusasen ejecutar ó *dificultaran fuera como fuera*, las órdenes dadas y las medidas adoptadas por el poder ejecutivo.»

La Asamblea hizo como que lo aprobaba; pero en vez de votar en el acto, aplazó la cuestión y no quiso decidir nada sin oír la opinión de su comisión extraordinaria (Vergniaud, Guadet, la Gironda). Encargó á esta comisión que redactase los decretos, muy bien redactados ya, y que la presentasen lo redactado á las seis de la tarde.

Esto era un retraso de cuatro horas, que quizás ha retardado un siglo las libertades en Europa.

Danton sufrió entonces el castigo de su mala reputación, de sus tristes precedentes; la Asamblea le negó los medios de salvar al Estado. No se atrevió á confiar el poder á un hombre tan sospechoso.

Dos cosas le hicieron fracasar: 1.º Que no fué Roland, no le apoyó; Danton se encontró solo, y parecía que se pedía para el solo un poder ilimitado. 2.º Al mismo tiempo que solicitaba que la Asamblea concuerriera con los ministros á *dirigir el movimiento del pueblo*, elogió las disposiciones tomadas por la Comuna; dijo estas palabras: «El toque de somatén que vá á sonar no es una señal de alarma; es la señal de desafío á los enemigos de la patria. (*Aplausos.*) Para vencerlos necesitamos audacia, audacia y siempre audacia; y la Francia está salvada.»

La Asamblea no vió en Danton más que al hombre de la Comuna y se guardó muy bien de entregarle el poder.

Si lo hubiera sido verdaderamente, como creía la Asamblea, se hubiera encaminado al Hotel de Ville, donde le esperaban; fué al Campo de Marte.

Una gran multitud le seguía. Allí, en aquella llanura inmensa, á cielo descubierto, hablando á todo un ejército, predicó la cruzada como hubieran hecho Pedro el Ermitaño ó San Bernardo. A lo lejos zumbaba el cañón, tocaba el somatén, y la poderosa voz de Danton que lo dominaba todo, parecía la de la ciudad estremecida, la voz de la Francia.

El tiempo pasaba: eran más de las dos.

Al salir del Campo de Marte tampoco fué Danton á la Comuna. Se fué á su casa. ¿Fué al consejo de ministros? La cosa era controvertible. Visiblemente esperaba que el peligro obligase á la Asamblea á que diese la dictadura al ministerio, al ministro popular que solo podía ejercerlo. Hubiese preferido tenerla de la Asamblea nacional, reconocida por la Francia entera; vacilaba en recibir de la Comuna de París una tercera parte de dictadura en compañía de Robespierre y de Marat.

Habiendo votado temprano el consejo general de la Comuna, como se ha visto, la proclamación, el cañón y el somatén (que sonaron á las dos) suspendieron su sesión hasta las cuatro, y se dispersó. No quedó más que el comité de vigilancia; es decir Panis, Marat y algunos amigos de Marat.

El comité, desde muy temprano, pudo tener conocimiento de las proposiciones de matanza hechas en varias secciones y de la resolución que acababan de tomar dos secciones, y obró en su consecuencia; ordenó y permitió la traslación de veinticuatro prisioneros desde la Alcal-